

saltar con las picantes flechas de su ironía? La señora de Langeais comprendió el horror del destino de las mujeres, las cuales, privadas de todos los medios de acción que poseen los hombres, deben esperar cuando aman. Ir al encuentro de su amado es una falta que pocos hombres saben perdonar. La mayor parte de ellos ven una degradación en ese celeste halago; pero Armando tenía un alma grande, y debía formar parte del pequeño número de hombres que saben pagar con un eterno amor semejante exceso de amor.

—Pues bien, iré, se dijo dando vueltas en su cama sin poder conciliar el sueño, iré hacia él y le tenderé la mano sin cansarme de tendérsela. Un hombre distinguido ve en todos los pasos que da una mujer hacia él promesas de amor y de constancia. Sí, los ángeles deben descender de los cielos para ir hacia los hombres, y yo quiero ser un ángel para él.

Al día siguiente escribió una de esas cartitas donde despunta el ingenio de las diez mil Sevignés que cuenta ahora París. Sin embargo, para saber quejarse sin rebajarse, para volar sin arrastrarse humildemente, para reñir sin ofender, revelarse con gracia, para perdonar sin comprometer la dignidad personal, para decirlo todo y no confesar nada, era preciso ser la duquesa de Langeais y haber sido educada por la señora princesa de Blamont-Chauvry. Una vez escrita semejante carta, Julio partió. Julio era, como todos los ayudados de cámara, la víctima de las marchas y contramarchas del amor.

—¿Qué le ha contestado el señor de Montriveau? le dijo tan indiferentemente como pudo á Julio, cuando éste volvió á darle cuenta de su visita.

—El señor marqués me ha rogado que dijese á la señora duquesa que estaba bien.

¡Horrible reacción del alma sobre sí misma! recibir delante de curiosos testigos la respuesta del corazón, y no poder murmurar y verse forzada á guardar silencio! ¡Uno de los mil dolores del rico!

Durante veintidós días, la señora de Langeais escribió á Montriveau sin obtener respuesta. Había acabado por fingirse enferma para dispensarse de sus deberes, ya con la princesa, con la que la unía viva amistad, ya con el mundo. Sólo recibía á su padre, el duque de Navarreins, á su tía la princesa de Blamont-Chauvry, al viejo vidamo

de Pamiers, tío segundo materno, y al tío de su marido, el duque de Grandlieu. Estos personajes creyeron fácilmente en la enfermedad de la señora de Langeais, al encontrarla cada día más abatida, más pálida, más delgada. Los vagos ardores de un amor real, las irritaciones del orgullo herido, la constante picadura del único desprecio que podía herirla, sus lanzamientos hacia placeres perpetuamente deseados y perpetuamente engañados; en fin, todas sus fuerzas inútilmente excitadas minaban su doble naturaleza. Pagaba los atrasos de su vida engañada. Asistió, por fin, á una revista á la que había de asistir el señor de Montriveau. Colocada en el balcón de las Tullerías, al lado de la familia real, la duquesa asistió á una de esas fiestas de las que guarda el alma eterno recuerdo. Apareció sublime de languidez, y todos los ojos la saludaron con admiración. Cambió algunas miradas con el señor de Montriveau, cuya presencia le pareció tan hermosa. El general desfiló casi á sus pies con todo el esplendor de ese uniforme militar cuyo efecto en la imaginación femenina es confesado hasta por las personas más mogigatas. Para una mujer muy enamorada que no había visto á su amante desde hacía dos meses, ¿no debía parecerse aquel rápido momento á esa fase de nuestros sueños en que, furtivamente, nuestra vista abraza una naturaleza sin horizonte? Por eso, las mujeres y los jóvenes son los únicos que pueden imaginarse la avidez estúpida y delirante que expresaron los ojos de la duquesa. Respecto á los hombres, si durante su juventud han experimentado, en el paroxismo de sus primeras pasiones, estos fenómenos del poder nervioso, más tarde las olvidarán tan completamente, que llegarán á negar esos lujuriosos éxtasis, el único nombre posible de esas magníficas intuiciones. El éxtasis religioso es la locura del pensamiento desprovisto de sus lazos corporales; mientras que en el éxtasis amoroso se confunden, se unen y se abrazan las fuerzas de nuestras dos naturalezas. Cuando una mujer es presa de tiranías furiosas á las cuales cedía la señora de Langeais, las resoluciones definitivas se suceden tan rápidamente, que es imposible dar cuenta de ellas. Los pensamientos nacen entonces unos de otros, y corren en el alma como nubes llevadas por el viento sobre un fondo grisáceo que cubre el sol. Desde entonces, los hechos lo dicen todo. He aquí, pues, los hechos. Al día siguiente de la revista, la señora

de Langeais envió su coche con su librea, á esperar á la puerta del marqués de Montriveau, desde las ocho de la mañana hasta las tres de la tarde. Armando vivía en la calle del Sena, á algunos pasos de la cámara de los pares, donde debía haber una sesión aquel día. Mucho antes que los pares fuesen á su palacio, algunas personas vieron el coche y la librea de la duquesa. Un joven oficial desdeñado por la duquesa y recogido por la señora de Serizy, el barón de Moulincourt, fué el primero que conoció á los criados, y fué en seguida á casa de su querida á contarle bajo secreto aquella extraña locura. Al instante, aquella nueva fué telegráficamente llevada á todos los corros del arrabal Saint Germain, llegó á palacio, al Eliseo Bourbon, fué el ruido del día y el objeto de todas las conversaciones, desde las doce de la mañana hasta la noche. Casi todas las mujeres negaban el hecho, pero de manera de hacer creer en él, y los hombres lo creían dando pruebas á la señora de Langeais del interés más indulgente.

—Ese salvaje de Montriveau tiene un corazón de bronce, sin duda habrá exigido ese ruido, decían algunos echándole la culpa á Armando.

—Pues bien, decían otros, la señora de Langeais ha cometido la más noble de las imprudencias. En presencia de todo París, renunciar por su amante, al mundo, á su rango, á su fortuna, á la consideración, es un golpe de Estado femenino, hermoso como la cuchillada de ese peluquero que tanto ha conmovido á Canning en la audiencia. Ninguna de las mujeres que critican á la señora de Langeais son capaces de hacer esa declaración digna del tiempo antiguo. La señora de Langeais es una mujer heroica señalándose tan francamente. Ahora, sólo puede amar á Montriveau. ¿No hay algo de grandeza en una mujer al decir: No tendré más que una pasión?

—¿Qué va á ser, pues, de la sociedad, señor, si honra usted de ese modo el vicio, sin respeto para la virtud? dijo la mujer del procurador general, la condesa de Granville.

Mientras que en el palacio real, en el arrabal y en la Calzada de Antin hablaban del naufragio de aquella aristocrática virtud, y que jóvenes apresurados corrían á caballo para asegurarse, viendo el coche en la calle del Sena, de que la duquesa estaba en casa de Montriveau, ella yacía palpitante en el fondo de su gabinete. Armando, que no

había dormido en su casa, se paseaba por las Tullerías con el señor de Marsay. Además, los parientes de la señora de Langeais se visitaban mutuamente dándose cita en su casa para sermonearla y ponerse de acuerdo acerca de los medios de evitar el escándalo causado por su conducta. A las tres, el señor duque de Navarreins, el vidamo de Pamiers, la anciana princesa de Blamont-Chauvry y el duque de Grandlieu, se hallaban reunidos en el salón de la señora de Langeais y la esperaban. Lo mismo á ellos que á otros curiosos, los criados les habían dicho que su ama había salido. La duquesa no había exceptuado á nadie en su consigna. Aquellos cuatro personajes ilustres en la esfera aristocrática cuyas revoluciones y pretensiones hereditarias consagra anualmente el almanaque de Gotha, exigen un ligero bosquejo sin el cual quedaría incompleto este cuadro social.

En el mundo femenino, la princesa de Blamont-Chauvry era el más poético despojo del reinado de Luis XV, á cuyo renombre había contribuido, según se decía, durante su juventud. De sus antiguos atractivos, sólo le quedaba una nariz saliente, delgada, encorvada como un sable turco, principal adorno de una cara semejante á un guante blanco viejo. Ostentaba luego una cabellera encrespada y empolvada, babuchas con talones, gorro de encajes y mitones negros. Pero para hacerle *completa justicia*, es necesario añadir que tenía tan elevada idea de sus ruinas, que se escotaba por la noche, llevaba guantes largos y se coloreaba aún las mejillas con el clásico colorete de Martín. Denotaban sus arrugas terrible amabilidad, prodigioso fuego sus ojos y profunda dignidad toda su persona. Su lenguaje tenía una mordacidad extraordinaria, y su cabeza una memoria infalible que convertía á aquella anciana en una verdadera potencia. Tenía en el registro de su cerebro todo el del gabinete de las cartas, y conocía las alianzas de las casas reales, ducales y condales de Europa, hasta el punto de que sabía dónde se hallaban los últimos germanos de Carlomagno. No había, pues, ninguna usurpación de título que pudiese escapársele. Los jóvenes que querían ser bien vistos, los ambiciosos, las mujeres jóvenes, le tributaban constantes homenajes. Su salón era una autoridad en el arrabal Saint Germain, y las palabras de aquel Talleyrand hembra tenían el alcance de sentencias. Ciertas personas iban á su casa á pedirle consejo acerca de la etiqueta

ó de las costumbres, y á tomar lecciones de buen gusto. Era indudable que ninguna anciana sabia como ella meterse la tabaquera en el bolsillo, y al sentarse ó al cruzar las piernas, imprimía á su falda movimientos tan graciosos, que resultaban inimitables hasta para las mujeres más elegantes. Durante los dos tercios primeros de su vida, su voz había sido de pecho, clara y sonora, pero en la última etapa, no había podido impedir que fuese un tanto nasal, lo cual contribuía á hacerla extrañamente significativa. De su gran fortuna le quedaban ciento cincuenta mil francos de renta en bosques que le habían sido devueltos generosamente por Napoleón. Así es que bienes y persona, todo en ella era considerable. Esta curiosa antigüedad estaba en una poltrona en un rincón de la chimenea hablando con el vidamo de Pamiers, otra ruina contemporánea. Este anciano señor, antiguo comendador de la orden de Malta, era alto y delgado, y el cuello de su camisa le obligaba á mantener siempre la cabeza elevada, actitud esta justificada en él por su espíritu volteriano. Sus ojos, un tanto saltones, parecían verlo todo y lo habían visto efectivamente todo. Se ponía algodón en los oídos. En fin, su persona era en el conjunto un modelo perfecto de las líneas aristocráticas, líneas suaves y delicadas, flexibles y agradables que, cual la de la serpiente, pueden á voluntad encorvarse, erguirse, tornarse flexibles y rígidas.

El duque de Navarreins se paseaba á lo largo del salón con el señor duque de Grandlieu. Ambos eran hombres de unos cincuenta años, frescos aún, gordos y pequeños, bien nutridos, de tez un poco rubicunda, vista cansada y labios inferiores un tanto caídos. Sin el tono exquisito de su lenguaje, sin la afable cortesía de sus modales, sin su desenvoltura, que podía de pronto convertirse en impertinencia, un observador superficial hubiera podido tomarles por banqueros. Pero todo error debía cesar al escuchar su conversación armada de precauciones con los que temían, seca ó vacía con sus iguales, pérfida para los superiores, que los cortesanos saben domesticar con verbosas delicadezas y herir con una palabra inesperada. Tales eran los representantes de aquella gran nobleza que quería morir ó quedar completamente entera, que merecía tantos elogios como censuras, y que será siempre imperfectamente juzgada hasta que un poeta la muestre feliz de obedecer al rey al

expirar bajo el hacha de Richelieu, y despreciando la guillotina del 89 como una venganza asquerosa.

Estos cuatro personajes se distinguían por una voz aguda, particularmente en armonía con sus ideas y su aspecto. Por otra parte, la más perfecta igualdad reinaba entre ellos. La costumbre tomada por ellos en la corte de ocultar sus emociones, les impedía sin duda manifestar el desagrado que les causaba la locura de su joven parienta.

Para impedir á los críticos tachar de puerilidad el comienzo de la siguiente escena, tal vez es necesario aquí hacer observar que Locke encontrándose en compañía de señores ingleses muy nombrados por su talento, distinguidos tanto por sus maneras como por su consistencia política, se divirtió maliciosamente en escenografiar su conversación por medio de un procedimiento particular y les hizo reventar de risa al leérsela, á fin de saber de ellos lo que podía sacarse de ella. En efecto, las clases elevadas tienen en todo país una jerga de oropel que lavada en las cenizas literarias ó filosóficas, deja infinitamente poco oro en el crisol. En todas las escalas de la sociedad, salvo algunos salones parisienses, el observador encuentra los mismos ridículos que diferencian solamente la transparencia ó el espesor del barniz. Por eso las conversaciones substanciales son la excepción, y la estupidez traspasa habitualmente las diversas zonas del mundo. Si forzosamente hablan mucho en las altas esferas, piensan poco. Pensar cansa, y á los ricos les gusta ver deslizarse la vida sin grandes esfuerzos. Por esto es como, comparando el fondo de las bromas por esas, desde el pilluelo de París hasta el par de Francia, el observar comprende la frase del señor de Talleyrand: *Las maneras son todo*, traducción elegante de este axioma judicial: *La forma destruye el fondo*. A los ojos del poeta, la ventaja quedaría á las clases inferiores que no dejan nunca de imprimir un rudo sello de poesía á sus pensamientos. Esta observación tal vez hará también comprender la esterilidad de los salones, su vacío, su poca profundidad, y la repugnancia que las gentes superiores sienten por hacer el mal comercio de cambiar sus pensamientos.

El duque se detuvo de pronto, como si concibiese una idea luminosa, y dijo á su vecino:

—¿Ha vendido usted á Thornthont?

—No, está enfermo. Temo perderlo, y esto me desolaría;

es un caballo excelente para la caza. ¿Sabe usted como sigue la duquesa de Marigny?

—No, no he ido allí esta mañana. Salía para ir á verla cuando ha venido usted á hablarme de Antonieta. Pero estaba muy mala ayer, desesperaban de salvarla, ha sido administrada.

—La muerte cambiará la pasión del sobrino de usted.

—En nada, hizo la partición en vida y se había reservado una pensión que le paga su sobrina, la señora de Soulanges, á la que ha dado su tierra de Guebriant en usufructo.

—Será una gran pérdida para la sociedad. Era buena mujer. Su familia tendrá una persona de menos, cuyos consejos y experiencia tenían renombre. Para dicho entre nosotros, era el jefe de la casa. Su hijo, Marigny, es un hombre amable; tiene trato y sabe hablar. Es agradable muy agradable, ¡oh! Como agradable, no tiene disputa; pero... ningún dote de mundo. Pues bien; es extraordinario, es muy astuto. El otro día comió en el Círculo con todos esos ricachones de la calzada de Antín, y el tío de usted (que va siempre allí á hacer su partida), lo ve. Asombrado de encontrarle allí, va y le pregunta si es del Círculo. «Sí, ya no voy más al mundo, vivo con los banqueros.» ¿Sabe usted por qué? dijo el marqués dirigiéndole al duque una astuta sonrisa.

—No.

—Está enamorado de una recién casada, de esa pequeña señora Keller, la hija de Gondreville, una mujer que dicen que está muy á la moda en ese mundo.

—Pero Antonieta no se aburre, á lo que parece, dijo el anciano vidamo.

—El afecto que siento por esa mujercita me ha hecho tomar en este momento un singular pasatiempo, le respondió la princesa embolsándose la tabaquera.

—Mi querida tía, dijo el duque deteniéndose, estoy desesperado. Sólo un hombre de Bonaparte era capaz de exigir de una mujer de tono semejantes inconveniencias. Pero dicho entre nosotros, Antonieta debía haber sabido escoger mejor.

—Querido mío, le respondió la princesa, los Montriveau son antiguos y muy bien aliados; están emparentados con toda la alta nobleza de Borgoña. Si los Rivaudoult

de Arschoot, de la rama Dulmen, terminaron en Gallicie, los Montriveau heredaron los títulos de Arschoot; les pertenecían por su bisabuelo.

—¿Está usted segura de eso?

—Lo sé mejor que lo sabía el padre de éste á quien veía mucho y se lo hice saber. Aunque caballero de las órdenes, se burló de ello; era un enciclopedista. Pero su hermano se aprovechó bien de ello en la emigración. Me cabe la satisfacción de decir que sus parientes del norte se habían mostrado perfectos con él...

—Sí, es verdad. El conde de Montriveau murió en San Petersburgo, donde le encontré, dijo el vidamo. Era un hombre que sentía una increíble pasión por las ostras.

—¿Cuántas se comía, pues? dijo el duque de Grandlieu.

—Diez docenas todos los días.

—¿Sin que le hiciesen daño?

—Ni el más mínimo.

—¡Oh! ¡es extraordinario! y ese gusto ¿no le ha causado ni la piedra, ni la gota, ni ninguna incomodidad?

—No, siempre se encontraba bien, murió de un accidente.

—¡De un accidente! La naturaleza le había dicho que comiese ostras y probablemente le eran necesarias; pues hasta cierto punto, muchos gustos predominantes son condiciones de nuestra existencia.

—Soy de su opinión, dijo la princesa sonriendo.

—Señora, entiende usted maliciosamente las cosas, dijo el marqués.

—Quiero solamente hacerle comprender que esas cosas serían mal comprendidas por una joven, respondió ella.

Y se interrumpió para decir:

—¡Pero mi sobrina! ¡mi sobrina!

—Querida tía, dijo el duque de Navarreins, no puedo aún creer que ella haya ido á casa del señor de Montriveau.

—¡Bah! hizo la princesa.

—¿Cuál es su idea, vidamo? preguntó el marqués.

—Si la duquesa fuese cándida, creería....

—Una mujer que ama se vuelve cándida, mi pobre vidamo. ¿Envejece usted, pues?

—En fin, ¿qué hacer? dijo el duque.

—Si mi querida sobrina es prudente, respondió la princesa, iría esta noche á la Corte; toda vez que, felizmente, es hoy lunes, día de recepción; procuren ustedes rodearla bien

y desmentir ese rumor ridículo. Hay mil medios de explicar las cosas; y si el marqués de Montriveau es un hombre galante, se prestará á ello. Haremos entrar en razón á esos niños.....

—Pero es muy difícil chocar con el señor de Montriveau, mi querida tía, es un discípulo de Bonaparte, y tiene una posición. ¿Cómo arreglarnos? Es un señor del día y tiene un mando importante en la guardia, donde es muy útil. No tiene la menor ambición. A la primer palabra que le desagrada, es hombre capaz de decir al rey: Aquí tiene mi dimisión, déjeme tranquilo.....

—¿Cómo piensa, pues?

—Muy mal.

—Verdaderamente, dijo la princesa, el rey es lo que ha sido siempre; un jacobino flordelisado.

—¡Eh! algo moderado, dijo el vidamo.

—No, lo conozco de mucho tiempo. El hombre que decía á su mujer, el día que ésta asistía á la primer gran comida: «¡Esos son nuestros criados!» mostrándole la corte, no podrá ser más que un negro perverso. Encuentro perfectamente el señor en el rey. El mal hermano que votaba tan mal en su oficina de la Asamblea constituyente, debe pactar con los liberales, dejarlos hablar, discutir con ellos. Ese santurrón de filosofía, será tan peligroso para su hermano menor como lo ha sido para el mayor; pues no sé si su sucesor podrá salir de los apuros que se goza en crearle ese hombre pequeño de espíritu; por otra parte, lo aborrece, y sería feliz si pudiese decirse al morir: No reinará mucho tiempo.

—Tía mía, es el rey, tengo el honor de pertenecerle, y...

—Pero querida mía, ¿su cargo le impide hablar francamente? Es usted de tan buena casa como los Borbones. Si los Guisas hubiesen tenido un poco más de resolución, Su Majestad sería un pobre hidalguillo hoy. Me voy de este mundo á tiempo; la nobleza está muerta. Sí, todo está perdido para vosotros, hijos míos, dijo mirando al vidamo. ¿Debería acaso la conducta de mi sobrina ocupar á la villa? Ha sido culpable, no lo apruebo, un escándalo inútil es una falta; por eso dudaba yo aún de esa carencia de conveniencias, la he educado yo, y sé.....

En este momento la duquesa salió de su gabinete. Había conocido la voz de su tío y oído pronunciar el nombre de

Montriveau. Estaba en su desaliño de mañana, y cuando se presentó, el señor de Grandlieu, que miraba indiferentemente por la ventana, vió volver el coche de su sobrina sin ella.

—Querida hija mía, le dijo el duque cogiéndole la cabeza y besándole en la frente, ¿no sabes lo que pasa?

—¿Qué pasa de extraordinario, querido padre?

—Todo París te cree en casa del señor de Montriveau.

—Mi querida Antonieta, ¿verdad que no has salido? dijo la princesa tendiéndole una mano que la duquesa besó con respetuoso afecto.

—No, querida madre, no he salido. Y, dijo volviéndose para saludar al vidamo y al marqués, he querido que todo París me creyese en casa del marqués de Montriveau.

El duque levantó las manos al cielo, se las golpeó desesperadamente y después se cruzó de brazos.

—Pero ¿no sabe usted lo que resultará de esa locura? dijo por fin.

La anciana princesa se había levantado súbitamente sobre sus talones, y miraba á la duquesa, que enrojeció y bajó los ojos; la señora de Chauvry la atrajo dulcemente y le dijo:

—Déjeme que la bese, angelito mío.

Después la besó en la frente, le estrechó la mano y repuso sonriendo:

—Ya no estamos en tiempo de los Valois, querida hija mía. Ha comprometido usted á su marido y su posición en el mundo; sin embargo, vamos á procurar repararlo todo.

—Pero, mi querida tía, no quiero reparar nada. Deseo que todo París sepa ó diga que yo estaba esta mañana en casa del señor de Montriveau. Destruir esa creencia, por falsa que sea, es perjudicarme grandemente.

—Pero, hija mía, ¿quiere usted perderse y afligir á toda su familia?

—Mi padre, mi familia, al sacrificarme por intereses, me ha condenado sin quererlo á irreparables desgracias. Puede usted censurarme, buscar suavidades, pero ciertamente me compadecerá usted.

—Dese usted luego mil penas para establecer á los suyos! dijo murmurando el señor de Navarreins al vidamo.

—Querida mía, dijo la princesa sacudiéndose los granos de tabaco que se le habían caído en el vestido, sea feliz si puede; no se trata de turbar su felicidad, sino de armoni-

zarla con las costumbres. Todos sabemos aquí que el matrimonio es una defectuosa institución atemperada por el amor. Pero ¿es necesario al coger un amante hacer su cama en el Carrousel? Vamos, sea un poco razonable, escúchenos.

—Escucho.

—Señora duquesa, dijo el duque de Grandlieu, si los tíos estuviesen obligados á guardar á sus sobrinos, tendrían un estado en el mundo; la sociedad les debería honores, recompensas, tratamientos como da á los servidores del rey. Por eso no he venido á hablarle de mi sobrino, sino de los intereses de usted. Calculemos un poco. Si quiere usted dar un escándalo, conozco al señor, no le quiero nada. Langeais es bastante avaro, algo encarnado con el diablo, se separará de usted, guardará su fortuna y la dejará pobre y por consiguiente sin consideración. Las cien mil libras de renta que ha heredado usted últimamente de su tía segunda materna pagaron los placeres de sus queridas, y será ligada agarrotada por las leyes, obligada á decir *amen* á esos arreglos. ¿Que el señor de Montriveau la deja? Dios mío, querida sobrina, no nos encolericemos, un hombre no la abandonará joven y hermosa; sin embargo, hemos visto á tantas mujeres bonitas abandonadas, hasta entre las princesas, que me presentará usted una suposición casi imposible, quiero creerlo; entonces, ¿qué será de usted sin marido? Maneje al suyo con el mismo interés con que cuida usted de su belleza, que es después de todo el paracaídas de las mujeres, lo mismo que un marido. La supongo á usted siempre feliz y amada, no cuento con ningún acontecimiento desgraciado. Siendo esto así, por fortuna ó por desgracia, tiene usted hijos. ¿Qué hará usted de ellos? ¿Montriveaus? Pues bien, no heredarán toda la fortuna de su padre, usted querrá darles toda la suya y él también. Dios mío, nada es más natural. Encontraría usted las leyes en contra suya. ¿Cuántos procesos no hemos visto hechos por el heredero legítimo á los hijos del amor? Yo oigo resonar eso en todos los tribunales del mundo. Tendrá usted que recurrir á algún *fideicomiso*: si la persona en quien pone usted su confianza la engaña, la justicia no sabrá nada, pero sus hijos quedarán arruinados. ¡Escoja usted, pues, bien! Vea en qué perplejidades está metida. De todos modos sus hijos serán necesariamente sacrificados á los caprichos de su corazón y privados de su estado. Dios mío, mientras sean pequeños serán encantadores; pero

le reprocharán á usted un día de haberse cuidado más de usted que de ellos. Nosotros los ancianos gentihombres sabemos todo eso. Los niños se hacen hombres, y los hombres son ingratos. ¿No he oído en Alemania al joven Horn decir después de una comedia: Si su madre hubiese sido una mujer honrada, yo sería príncipe reinante? Nosotros hemos venido toda nuestra vida oyendo decir ese *SÍ* á los plebeyos, y ello ha hecho la revolución. Cuando los hombres no pueden acusar ni á su padre ni á su madre, echan la culpa á Dios de su mala suerte. En suma, querida hija, estamos aquí para aconsejarla á usted. Pues bien, resumo con una frase sobre lo que debe usted meditar: una mujer no debe nunca dar razón á su marido.

—Tío mío, he calculado mientras no he amado. Entonces veía como usted intereses allí donde sólo hay para mí ahora sentimientos, dijo la princesa.

—Pero, querida mía, la vida es sencillamente una complicación de intereses y de sentimientos, le replicó el vidamo, y para ser feliz, sobre todo en la posición que usted ocupa, es preciso procurar armonizar sus sentimientos con sus intereses. Que una modistilla ame á su capricho, esto se concibe; pero usted tiene una bonita fortuna, una familia con título, sin sitio en la corte, y no debe usted arrojar todo eso por la ventana. Para conciliarlo todo, ¿qué es lo que venimos á pedirle? Torcer hábilmente la ley de las conveniencias en lugar de violarlas. ¡Eh! Dios mío, pronto tendré ochenta años, y no me acuerdo de haber encontrado, bajo ningún régimen, un amor que valiese el precio que quiere usted pagar por el de ese feliz joven.

La duquesa impuso silencio al vidamo con una palabra, y si Montriveau la hubiese podido ver, se lo hubiera perdonado todo....

—Esto sería de hermoso efecto en el teatro, dijo el duque de Grandlieu; y no significa nada cuando se trata de sus parafernales, de su posición y de su independencia. No es usted agradecida mi querida sobrina. No encontrará usted muchas familias cuyos parientes sean bastante valientes para aportar las enseñanzas de la experiencia y hacer oír el lenguaje de la razón á jóvenes y locas cabezas. Renuncie á su salvación en dos minutos si quiere usted condeñarse. ¡Estamos de acuerdo! Pero reflexiónelo bien cuando se trate de renunciar á sus rentas. No conozco ningún con-

fesor que la absolviera de la miseria. Me creo con derecho á hablarle así, pues si usted se pierde, yo soy el único que podría ofrecerle un asilo. Soy casi tío de Langeais, y yo sólo tendría razón dándole á él la culpa.

—Hija mía, dijo el duque de Navarreins despertándose de una dolorosa meditación, puesto que habla usted de sentimientos, déjeme hacerle observar que una mujer que lleva su nombre se debe á sentimientos diferentes que los de las gentes vulgares. ¿Quiere usted dar que decir á los liberales, á esos jesuitas de Robespierre que se esfuerza en desterrar á la nobleza? Hay ciertas cosas que una Navarreins no puede hacer sin faltar á toda su casa. Usted no sería la única deshonrada.

—Vamos, dijo la princesa, ya vino el deshonor. Hijos míos, no metan tanto ruido por el paseo de un coche vacío, y déjenme sola con Antonieta. Vengan ustedes á comer conmigo. Yo me encargo de arreglar convenientemente las cosas. Ustedes los hombres no entienden nada de eso, en seguida sueltan palabras amargas y no quiero verles reñidos con mi querida hija. Háganme, pues, el favor de marcharse.

Los tres hidalgos adivinaron sin duda las intenciones de la princesa, saludaron á sus parientas, y el señor de Navarreins, fué á besar á su hija en la frente, diciéndole:

—Vamos, hija mía, se prudente. Si quieres, aún es tiempo.

—¿Es que no podríamos buscar en la familia algún buen muchacho que buscarse una disputa á ese Montriveau? dijo el vidamo bajando las escaleras.

—Perla mía, dijo la princesa cuando estuvieron solas, indicando á su discípula que se sentase en una silla baja al lado de ella; no sé nada más calumniado aquí abajo que Dios y el siglo diez y ocho, pues, remontándome á las cosas de mi juventud, no me acuerdo de que ninguna duquesa haya pisoteado las conveniencias como usted acaba de hacerlo. Los novelistas y los escritores han deshonrado el reinado de Luis XV, pero no lo crea usted. La Dubarry, querida mía, valía tanto como la viuda Scarron, y era mejor persona. En mi tiempo, una mujer sabía guardar su dignidad, en medio de sus galanterías. Las indiscreciones nos han perdido. De ahí viene nuestro mal. Los filósofos, esas gentes de moda que admitimos en nuestros salones, han tenido,

como precio de nuestras bondades, la inconveniencia y la ingratitud de hacer el inventario de nuestros corazones, describirnos en masa, en detalle, y de clamar contra el siglo. El pueblo, que está muy mal colocado para poder juzgar nada, ha visto el fondo de las cosas, sin ver la forma. Pero en aquel tiempo, corazón mío, los hombres y las mujeres han sido tan notables como en otras épocas de la monarquía. Ninguno de vuestros Wérther, ninguna de vuestras notabilidades, como se llama eso, ninguno de vuestros hombres con guantes amarillos y cuyos pantalones disimulan la pobreza de sus piernas, atravesaría la Europa, disfrazado de buhonero, para irse á encerrar con peligro de la vida y cantando los puñales del duque de Módena, en el gabinete tocador de la hija del regente. Ninguno de vuestros tisiquillos con lentes de nacar se ocultaría, como Lanzum, durante seis semanas, en un armario para animar á su querida mientras daba á luz. ¡Había más pasión en el dedo meñique del señor de Joncourt que en toda vuestra raza de disputadores que dejan á las mujeres por una mejoría! Encuéntreme, pues, hoy, pajes que se hagan dar de hachazos y amortajar en un piso por ir á besar el dedo enguantado de una Komismark. Verdaderamente, hoy parece que los papeles se han cambiado, y que las mujeres deben sacrificarse por los hombres. Esos hombres valen menos y se estiman más de lo que valen. Créame, querida mía, todas esas aventuras que se han hecho públicas y con las que se arman hoy día para asesinar á nuestro buen rey Luis XV, eran al principio secretas. A no ser por ese montón de poeticastros, de rimadores, de moralistas que entretenían á nuestras camareras y escribían las calumnias, nuestra época hubiese tenido literalmente costumbres. Justifico el siglo y no á sus andadores. Tal vez se habrán perdido cien mujeres de calidad; pero los muy pillos han puesto mil, al igual que los gacetilleros cuando aprecian los muertos del partido vencido. Por otra parte, no es lo que la Revolución y el Imperio pueden reprocharnos: en aquella época han sido licenciosos, groseros, ¡vamos! todo eso me pone fuera de mí. Son los malos lugares de nuestra historia. Este preámbulo, mi querida hija, añadió después de una pausa, es para decirte que si Montriveau te gusta, eres dueña de amarle á tu gusto, y tanto como puedas. Yo ya sé por experiencia (á menos de encerrarte, pero hoy ya no

encierran á nadie) que harás lo que más te guste, y es lo que yo hubiese hecho á tu edad. Unicamente, alhaja mía, que yo no habría abdicado del derecho de hacer duques de Langeais. Así, pues, condúcete decentemente. El vidamo tiene razón, ningún hombre vale uno de los sacrificios con los cuales somos bastante locas para pagar su amor. Colócate en situación de poder encontrarte siendo mujer del señor de Langeais, si tienes la desgracia de tener que arrepentirte. Cuando seas vieja, te gustará poder oír misa en la Corte y no en un convento de provincias, esa es toda la cuestión. Una imprudencia, es una pasión, una vida errante, estar una á merced de su amante; es el fastidio causado por las impertinencias de las mujeres que valdrán menos que tú, precisamente porque habrán sido innoblemente diestras. Valía cien veces más haber ido por la noche á casa de Montriveau en fiacre y disfrazada, que enviar allá tu coche en pleno día. Eres una estupidita, mi querida hija. Tu coche ha halagado su vanidad, tu persona le hubiese cogido el corazón. Te he dicho todo lo que es justo y verdadero; pero no creas que no te quiera por eso. Eres de dos siglos atrás con tu grandeza. Vamos, déjanos arreglar tus asuntos, decir que Montriveau había emborrachado á tus criados para satisfacer su amor propio y comprometerte.....

—¡En nombre del cielo tía mía, exclamó la duquesa, dando un salto, no lo calumniéis!

—¡Oh! querida mía, dijo la princesa cuyos ojos se animaron, quisiera que tus ilusiones no te fuesen funestas, pero toda ilusión debe cesar. Si no fuese por mi edad, sería capaz de enternecerme. Vamos, no aprecies á nadie, ni á él ni á nosotros. Yo me encargo de contentar á todo el mundo; pero prométeme que no te permitirás en adelante dar un paso sin consultarme. Cuéntamelo todo, puede que yo te conduzca á bien.

—Tía mía, le prometo.....

—¿Decírmelo todo?.....

—Sí, todo lo que pueda decirse.

—Pero, corazón mío, es precisamente lo que no puede decirse lo que se quiere saber. Entendámonos bien. Vamos, déjame apoyar mis labios secos en tu hermosa frente. No, déjame hacer, te prohibo que beses mis huesos. Los ancianos tienen una cortesía propia... Vamos, condúceme hasta mi carruaje, dijo después de haber abrazado á su sobrina.

—Querida tía, ¿puedo, pues, ir disfrazada á su casa?

—Sí, eso puede negarse, dijo la anciana.

La duquesa sólo había visto aquella idea del discurso que acababa de hacerle la princesa. Cuando la princesa estuvo sentada en un rincón de su coche, la señora de Langeais le hizo un gracioso saludo de despedida y subió á sus habitaciones completamente feliz.

—Mi persona le hubiese cogido el corazón, mi tía tiene razón. Un hombre no sabe rechazar á una mujer bonita cuando ésta sabe ofrecerse bien.

Por la noche, en el círculo de la señora duquesa de Berry, el duque de Navarreins, el señor de Pamiers, el señor de Marsay, el señor de Grandlieu y el duque de Maufrigneuse, desmintieron victoriosamente los rumores ofensivos que corrían acerca de la duquesa de Langeais. Tantos oficiales y personas atestiguaron haber visto al señor de Montriveau paseándose por las Tullerías durante la mañana, que aquella estúpida historia fué puesta en la cuenta de la casualidad que toma todo lo que le dan. Así, pues, al día siguiente, la reputación de la duquesa de Langeais quedó, apesar de la estación del coche, limpia y clara como el alma de Mambrin, después de haber sido limpiado por Sancho. Buenamente, á las dos de la tarde, en el bosque de Bolonia, al pasar el señor de Ronquercrolles al lado de Montriveau, le dijo sonriendo:

—¡Va muy bien, la duquesa! Aun y siempre, añadió dando un latigazo á su brioso caballo, que desapareció volando.

Dos días después de este escándalo inútil, la señora de Langeais escribió al señor de Montriveau una carta que no tuvo respuesta, como las precedentes. Esta vez, ella había tomado sus medidas y corrompido á Augusto, ayuda de cámara de Armando. Así, pues, á las ocho de la noche fué introducida en casa de Armando en una habitación distante de aquella en que había pasado la escena que había quedado oculta. La duquesa supo que el general no iba á casa. ¿Tenía dos domicilios? el criado no quiso responder. La señora de Langeais había comprado la llave de aquel cuarto, y no toda la probidad de aquel hombre. Una vez sola, vió las catorce cartas colocadas en una vieja bandeja; no estaban ni arugadas ni deslacradas; no habían sido leídas. Al ver aquello cayó en un sofá, y perdió un momento

el conocimiento. Al volver en sí, vió á Augusto que le hacía respirar vinagre.

—Pronto, un coche, le dijo.

Llegado el coche, bajó con rapidez, volvió á su casa, se metió en la cama, y prohibió la entrada. Estuvo veinticuatro horas acostada, no dejando aproximarse á ella más que á su camarera, que le llevó algunas tazas de infusión de hojas de naranjo. Susana oyó algunas quejas á su ama, y sorprendió algunas lágrimas en sus ojos brillantes, pero apagados entonces. Dos días después, habiendo meditado con las lágrimas de la desesperación el partido que debía tomar, la señora de Langeais tuvo una conferencia con su hombre de negocios, y le encargó sin duda algunos preparativos. Después envió á buscar al vidamo de Pamiers. Mientras esperaba el comendador, escribió al señor de Montriveau. El vidamo fué puntual. Encontró á su joven prima pálida y abatida, pero resignada. Eran aproximadamente las dos de la tarde. Jamás había estado más poética aquella divina criatura que lo estaba entonces con las languideces de su agonía.

—Mi querido primo, le dijo al vidamo, sus ochenta años le valen esta cita. ¡Oh! no se sonría usted, se lo suplico, ante una pobre mujer en el colmo de la desesperación. Usted es un hombre galante, y me complazco en creer que las aventuras de su juventud le habrán inspirado alguna indulgencia para las mujeres.

—Ninguna, dijo él.

—¡De veras!

—Son felices con todo, dijo.

—¡Ah! pues bien; está usted en el corazón de mi familia: tal vez sea usted el último pariente, el último amigo cuya mano habré estrechado, puedo, pues, reclamarle un buen servicio. Hágame, mi querido vidamo, un favor que no podría pedir á mi padre, ni á mi tío Grandlieu, ni á ninguna mujer. Ya debe usted comprenderme. Le suplico que me obedezca y que olvide que me ha obedecido, cualquiera que sea el resultado de sus pasos. Se trata de ir provisto de esta carta á casa del señor de Montriveau, de verle, de mostrársela, de pedirle, como saben ustedes de hombre á hombre pedir las cosas, pues entre ustedes tienen sentimientos y una honradez que olvidan con nosotras, de pedirle, repito, si quiere leerla, no en presencia de usted.

porque los hombres ocultan ciertas emociones. Le autorizo á usted para insinuarle, y si lo juzga necesario, para decirle que depende de ello mi vida ó mi muerte. Si se digna.....

—¡Si se digna! dijo el comendador.

—Si se digna burlar, repuso con dignidad la duquesa, hágale una última observación. Le verá usted á las cinco de la tarde, hoy comerá en su casa á esa hora, lo sé; pues bien, por toda respuesta, debe venir á verme. Si tres horas después, si á las ocho, no ha venido, todo será dicho. La duquesa de Langeais habrá desaparecido del mundo. No habré muerto, querido mío, no; pero ningún poder del mundo me encontrará en esta tierra. Venga usted á comer conmigo, así al menos tendré un amigo para que me asista en mis últimas angustias. Sí, esta noche, mi querido primo, mi vida quedará decidida, y suceda lo que suceda, no puede ser más que cruelmente ardiente. Vamos, váyase, y silencio, no quiero oír nada que se parezca ya á observaciones, ni á consejos. Hablemos, riámonos, le dijo tendiéndole una mano que él besó. Seamos como dos reyes filósofos que saben gozar de la vida hasta el último momento de su muerte. Me adornaré, seré muy coqueta para usted. Tal vez será usted el último hombre que habrá visto á la duquesa de Langeais.

El vidamo no dijo palabra, saludó, cogió la carta é hizo la comisión. Volvió á las cinco y encontró á su parienta vestida con refinamiento delicioso. El salón estaba adornado de flores como para una fiesta. La comida fué exquisita. Para aquel anciano, la duquesa hizo brillar todo su ingenio y se mostró más atractiva que no lo había estado nunca. Al principio el comendador quiso ver una complacencia de mujer en todo aquel aparato; pero visiblemente la falsa magia de las seducciones desplegadas por su prima, palidecía. Tan pronto la sorprendía temblando conmovida por una especie de terror súbito, como parecía escuchar en el silencio. Entonces, si el vidamo le preguntaba: ¿Qué tiene usted?

—¡Chut! le respondía ella.

A las siete dejó al anciano y volvió en seguida, pero vestida como hubiese podido estarlo su camarera para un viaje, reclamó el brazo á su convidado que ella quiso por compañero, se metió en un coche de alquiler, y ambos se encontraron á eso de las ocho menos cuarto, ante la puerta de la casa del señor de Montriveau.

Armando, durante este tiempo, había meditado acerca de la siguiente carta.

«Amigo mío, he pasado algunos instantes en su casa sin que usted lo supiese y he cogido mis cartas. ¡Oh! Armando, entre nosotros no puede haber indiferencia, y el odio procede de otro modo. Si me ama usted cese ese juego cruel. Me mataría. Más tarde se desesperaría usted al saber lo mucho que es amado. Si lo he comprendido desgraciadamente, si no siente por mí más que aversión, la aversión lleva consigo desprecio y hastío, y entonces, toda esperanza me abandona: los hombres no quebrantan esos dos sentimientos. Por terrible que sea este pensamiento proporcionaría consuelos á mi largo dolor. No tendrá usted remordimientos un día. ¡Remordimientos, Armando mío, que ignoro! ¡Si yo le causase uno!... No, no quiero decirle los estragos que haría en mí. Viviría y no podría ser ya su mujer. Después de haberme entregado á usted enteramente de pensamiento, ¿á quién me entregaré?... á Dios. Sí, los ojos que ha amado usted durante un instante, no verán ya ningún rostro de hombre; ¡y pueda la gloria de Dios cerrarlos! No oíré ya más voces humanas, después de haber oído la suya, tan dulce al principio y tan terrible ayer, pues me parece que fué siempre ayer el día de su venganza; ¡puede, pues, la palabra de Dios consumirme! Entre su cólera y la de Dios, amigo mío, sólo habrá para mí lágrimas y rezos. Se preguntará usted tal vez por qué le escribo. ¡Ay de mí no tome usted á mal que quiera conservar un rayo de esperanza, de dar un suspiro á la vida feliz antes de dejarla para siempre. Estoy en una horrible situación. Tengo la serenidad que comunica al alma una gran resolución, y siento aún los últimos rugidos del huracán. En esa terrible aventura que tanto me unió á usted, Armando, iba usted del desierto al oasis, llevado por un buen guía. Pues bien; yo me arrastro del oasis al desierto, y usted es mi guía despiadado. No obstante, amigo mío, usted sólo puede comprender la melancolía de las últimas miradas que dirijo á la felicidad, y usted es el único á quien pueda quejarme sin enojecer. Si me oye usted favorablemente, seré feliz; si es usted inexorable, expiaré mis culpas. En fin, ¿no es natural que una mujer quiera quedar en la memoria de su amado, revestida de todos los sentimientos nobles? ¡Oh, el único por mí querido!

deje á su criatura enterrarse con la creencia que la encontrará usted grande. Sus severidades me han hecho reflexionar, y desde que le amo, me he encontrado menos culpable de lo que usted se piensa. Escuche, pues, mi justificación, se la debo; y usted que es para mí todo en el mundo, me debe al menos un instante de justicia.

»He sabido por mis propios dolores lo mucho que le han hecho sufrir mis coqueterías; pero entonces yo era una completa ignorante en amor. Usted está en el secreto de esas aventuras, y me las impone. Durante los ocho primeros meses que usted me concedió, no se hizo usted amar. ¿Por qué, amigo mío? Lo único que puedo decirle es que no sé explicarle por qué le amo. ¡Oh! ciertamente estaba halagada de verme objeto de sus discursos apasionados, de recibir sus miradas de fuego; pero me dejaba usted fría y sin deseos. No, yo no era mujer, y no concebía en la abnegación ni la felicidad de nuestro sexo. ¿De quién es la culpa? ¿No me habría usted despreciado si me hubiera entregado sin arrebato? Puede que eso sea lo sublime de nuestro sexo, entregarse sin recibir ningún placer, tal vez no hay ningún mérito en abandonarse á goces conocidos y ardientemente deseados. ¡Ay de mí! amigo mío, puedo decirselo. esos pensamientos me vendieron cuando yo era tan coqueta para usted; pero le encontraba ya tan grande que no quería que me fuese usted cedido á la piedad... ¿Qué palabra acabo de escribir? ¡Ah! he cogido de su casa todas mis cartas y las arrojé al fuego. Arden. No sabrá nunca el amor que acusaban, la pasión, la locura... Me callo, Armando, me detengo, no quiero decirle ya más nada de mis sentimientos. Si mis votos no han sido comprendidos de alma á alma, no podría yo asimismo, yo mujer, deber su amor á su piedad. Quiero ser amada irresistiblemente ó dejada despiadadamente. Si se niega usted á leer esta carta, será quemada. Si, después de haberla leído, no es usted para siempre mi esposo en el término de tres horas, no me avergonzará el saber, que está en su poder: la altivez de mi desesperación garantiza mi memoria de toda injuria, y mi fin será digno de mi amor. Usted mismo, al no encontrarme ya sobre la tierra, aunque viva, no pensará sin estremecerse en una mujer que, dentro de tres horas, solo vivirá para colmarle de su ternura, en una mujer consumida por un amor sin esperanza, y fiel, no á pla-